

Trotsky y América Latina: una aproximación al concepto de Bonapartismo

[Trotsky & Latin America: an approach to the Bonapartism concept]

Camila Tagle
(Universidad Nacional de Córdoba)
camilatagle@yahoo.com.ar

Resumen:

En el siguiente artículo nos proponemos analizar la elaboración de la categoría de Bonapartismo propuesta por Trotsky, a partir de la lectura de los escritos en el exilio mexicano que abordan la problemática latinoamericana. Exploramos, en primer lugar, algunos elementos contenidos en el texto de referencia del cual surge el concepto –*El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* de Marx– para luego centrarnos en el uso dado por Trotsky para analizar la realidad de América Latina de principios y mediados del siglo XX. Algunos de los planteos que pueden concebirse como un cierto cambio de perspectiva de Marx a la hora de analizar realidades no-occidentales, reaparecen en torno a la idea del Bonapartismo, en relación a un caso latinoamericano que debía dejar de pensar en el modelo europeo. Este acercamiento nos permite complejizar el problema de su traductibilidad a coyunturas históricas específicas, de importancia central para desentrañar la historia del “desencuentro” entre la izquierda y los populismos latinoamericanos.

Palabras clave: Bonapartismo – Trotsky – América Latina – Marxismo Latinoamericano

Abstract:

In the following paper, through reading the writings in the Mexican exile addressing Latin America's problems, we analyze the elaborated category of Bonapartism proposed by Trotsky. At first, we explore some elements of the reference text from where the concept of –*The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte* by Marx– and then focus on Trotsky's given use to analyze the reality of Latin America in the early and mid XX century. Some of the postures that can be seen as a change of Marx's perspective when analyzing non-Western realities reappear around the idea of Bonapartism, in relation to a Latin American case that should stop thinking about the European model. This approach allows us to deepen the problem of translatability of specific historical junctures, which are central to unravelling the history of “mismatch” between the left and the Latin American populism.

Keywords: Bonapartism – Trotsky – Latin America – Latin American Marxism

Recibido: 31/03/15

Evaluación: 22/06/15

Aceptado: 01/12/15

Anuario de la Escuela de Historia *Virtual* – Año 6 – N° 8 – 2015: pp. 110-124.

ISSN: 1853-7049

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/anuariohistoria>

Trotsky y América Latina: una aproximación al concepto de Bonapartismo¹

“La investigación de los conceptos y de su historia forma parte de las condiciones mínimas necesarias para poder comprender la historia; del mismo modo que su definición implica a las sociedades humanas.”

R. Koselleck²

El siguiente artículo se propone analizar la elaboración de la categoría de Bonapartismo propuesta por Trotsky, a partir de la lectura de los escritos en el exilio mexicano que abordan la problemática latinoamericana.³ Un ejercicio que, ante la imposibilidad de subsumir el pensamiento del autor bajo la categoría homogeneizadora de “Obra”, no intenta apelar a la consistencia interna de sus planteos –tampoco al relativismo absoluto–, sino más bien detectar algunas de las *claves* que permiten dotar de un contenido específico a un concepto que en absoluto es transparente, por más que la mayoría de las veces se lo da por definido, como naturalmente dentro del vocabulario marxista. Al contrario, constituye un ejemplo claro de hasta qué punto en el empleo de determinadas categorías subyacen ciertos ideales normativos, que en este caso pueden ir desde una estrategia de descalificación de regímenes específicos de América Latina, hasta un intento de explicación “objetiva” de las modalidades que adquiere el sistema político en determinadas fases del modo de producción capitalista. En relación con esto, un acercamiento más sistemático a la idea de Bonapartismo nos permite avanzar sobre el

¹ El presente artículo forma parte de las investigaciones realizadas en el marco del trabajo final para el Seminario de Economía y Política en el Marxismo Latinoamericano, dictado en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.

² KOSELLECK, R., *Historia de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Madrid, 2012, p. 9.

³ Existen diversos estudios en los que la categoría de Bonapartismo ha sido utilizada (“aplicada”) para analizar procesos políticos y sociales concretos, tales como, en nuestro país, el peronismo. Tal es el caso de los ya clásicos trabajos de RAMOS, J., “La era del bonapartismo”, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, 1957; FRONDIZI, S., “El problema de la revolución democrático-burguesa”, *La realidad argentina. Ensayos de interpretación sociológica*, Buenos Aires, 1955; PEÑA, M., *Historia del pueblo argentino*, Buenos Aires, 2012. Faltan, sin embargo, análisis académicos que exploren específicamente los alcances del Bonapartismo en tanto categoría conceptual, subrayando específicamente las dimensiones que le otorga o agrega Trotsky para el caso latinoamericano, y que lo distancian del planteo original concebido por Marx para el fenómeno europeo. Consideramos que este ejercicio es importante dado que puede permitir complejizar muchas de las traducciones que –incluso desde dentro del propio trotskismo y su ubicación frente al fenómeno político más importante que atravesó a la clase obrera argentina como fue el peronismo– no han prestado la debida atención a la producción en el exilio mexicano; producción que, a nuestro entender, enriquece y sitúa históricamente el planteo del autor.

problema de su “traductibilidad” a coyunturas históricas específicas, de importancia central para poder desentrañar la historia del “desencuentro” entre la izquierda y el populismo en América Latina, entre otras cuestiones. El objetivo dista de pretender ser un –a nuestro entender estéril– ejercicio “normativo” de identificación del *verdadero Trotsky*, que sirva para luego poder marcar las desviaciones de las diferentes traducciones. Entendemos que cualquier uso del concepto de Bonapartismo para analizar realidades socio-políticas latinoamericanas –piénsese en el peronismo, por ejemplo– constituye una operación de apropiación, relectura y aplicación que porta necesariamente una intencionalidad intelectual y política, propia del lugar desde el que se habla. Decir esto, no opaca la potencialidad de la lectura que se propone, aunque sí marca sus alcances y límites: dilucidar los contornos de un concepto, más allá de sus usos. Habrá que evaluar, en futuras aproximaciones, su utilidad para la comprensión de las dinámicas históricas concretas de la región, en especial, el México de los años treinta.

A este fin resulta necesario, en primer lugar, prestar atención al contexto de uso y elaboración de la categoría en el caso que nos interesa, como a las posibles líneas de continuidad o ruptura con el que podríamos llamar “texto de referencia”: en efecto, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* de Marx no constituye únicamente un análisis histórico, de coyuntura, destinado a identificar las fuerzas sociales en pugna en un momento determinado, sino que presenta al mismo tiempo un complejo desdoblamiento que nos ofrece una reflexión teórica sobre las formas políticas del modo de producción capitalista; un esfuerzo de construcción conceptual sobre el concepto mismo de Estado capitalista, sobre la relación, finalmente, entre economía y política.

Marx y el Bonapartismo

El *problema del Bonapartismo*, si bien no se expresa en estos términos en el texto de Marx –él mismo no utiliza la expresión, luego generalizada, aunque sí pretenda que el concepto de cesarismo sea sustituido por el de bonapartismo–⁴ parte del análisis de un fenómeno político concreto, pero no está exento de importantes consecuencias teóricas. De esta compleja relación entre teoría y práctica se derivan, pues, algunos de los planteos que, a nuestro entender, permiten complejizar ciertas ideas generalizadas de la tradición marxista, fundamentalmente las consideraciones acerca de la política y el Estado. De aquí la necesidad de “desenredar” las dos interpretaciones posibles y distinguir aquellos elementos que refieren al fenómeno histórico concreto del bonapartismo en Francia,⁵ de aquellos que remiten al bonapartismo como característica

⁴ MARX, K., “Prólogo del autor a la segunda edición”, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, 2009, p. 11.

⁵ Esta dimensión es la más visible y conocida, por lo que la atención se centrará en la segunda de las cuestiones, aquella que permite establecer la conexión con el tema que nos interesa. No obstante, es

constitutiva del tipo capitalista de Estado; un Estado relativamente autónomo respecto de las clases o fracciones de clase dominantes en una formación social con predominio ya consolidado del modo de producción capitalista.

Pero el análisis de Marx no avanza mucho más en este último sentido. Son precisamente estas ambigüedades las que abren la posibilidad de múltiples lecturas y “traducciones”. Dentro de ellas, la de Trotsky representa el inicio de toda una tradición analítica para cierta izquierda latinoamericana, y argentina en particular, que hizo uso del concepto a la hora de ubicarse frente al fenómeno político de mayor relevancia para la clase obrera nacional: el peronismo. En este sentido apunta González:

“El trabajo deja una idea históricamente muy fuerte de la existencia ideológica de la figura de Bonaparte, y analíticamente muy débil del proceso histórico de formación del Estado burocrático separado de lo social. El bonapartismo, así, emerge como un exceso que complementa una historia burocrático-estatal. Pero también es la carga grotesca, la contrafigura deshonrosa del Estado. ¿No serán esas vacilaciones de Marx las que han contribuido decisivamente a la merecida fama – que no envejece– de un texto como el 18 Brumario?”.⁶

Antes de analizar los alcances que adquiere el concepto que aquí nos interesa, algunas consideraciones en torno a otra dimensión que reviste una importancia crucial en el texto de Marx, y que resulta fundamental a la hora de pensar nuevas lecturas: la idea de Historia, de tiempo histórico. Continúa González: “El Dieciocho Brumario es un urgente canto de independencia del presente con relación al pasado, un pedido de que los hombres asuman su verdadera condición de clase sin farsas antiguas, sin imaginar que la historia se repite ‘dos veces’”.⁷ Podemos pensar al Dieciocho Brumario en consonancia con una Teoría de la Historia en Marx, si es que aceptamos que ésta existe. La Historia tiene *un* contenido, que en su expresión más *racional* es revolucionario. Pero ocurre que, al igual que las fuerzas productivas, dicho contenido no siempre cuenta con las condiciones más adecuadas para expresarse; la “tela araña” de las antiguas relaciones sociales todavía es resistente: generaciones muertas oprimiendo el cerebro de los vivos.⁸ Esta “opresión” que deja caer su peso en los escenarios de las luchas sociales francesas –allí donde tiempo atrás Marx detectaba señales para la revolución–, el pasado condicionando con su inercia un presente de lucha de clases, son objetos de una fuerte acusación por parte de Marx. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*: habían caído ya los disfraces teológicos de la antigua sociedad feudal; el capitalismo, sin embargo, había creado nuevos. El Dieciocho Brumario ayuda a develar la naturaleza de éstos. Los “oscurecimientos ideológicos” no se encuentran tan sólo en el modo de producción

importante no perder de vista que cuando analiza la coyuntura concreta de Francia, Marx hace referencia al papel de los campesinos parcelarios, en tanto supuestos “representados” del fenómeno bonapartista. El bonapartismo –concepto, volvemos a aclarar, que Marx no utiliza– empieza así a sugerir una crítica a las formas vacías de representación, basadas en “ropajes” de épocas anteriores.

⁶ GONZÁLEZ, H., *Los asaltantes del cielo*, Buenos Aires, 2006, p. 45.

⁷ *Ibid.*, p. 47.

⁸ MARX, K., “Prólogo del autor...”, *op. cit.*, p. 17.

capitalista, en el llamado “fetiche de la mercancía”. Un equivalente puede hallarse en la vida política de las naciones; la “mascarada” de Luis Bonaparte es parte de la bruma política de la sociedad, así como la mercancía lo es del sistema productivo.

En este sentido, casi todo el texto parece estructurarse en torno a la construcción de un personaje que permanece continuamente en el centro de la escena, como una figura grotesca producida por las condiciones históricas de la lucha de clases francesa. Ahora bien, dijimos que había algo que iba *más allá* de esta construcción. Es posible rescatar al menos dos cuestiones. Por un lado, comienza a configurarse la idea del bonapartismo como una suerte de simulación de una representación global de la sociedad que encubre en realidad las divisiones de clase, y que forma parte de un largo proceso de centralización política. Sin embargo, o mejor dicho, junto con esto, sólo con Luis Bonaparte el Estado parece adquirir una completa autonomía con respecto a la sociedad civil, a la que quita cualquier responsabilidad de gestión o representación de sus propios intereses. Allí reside la doble cara de un mismo y complejo fenómeno.

En relación a lo primero, sostiene Marx que el bonapartismo se explica a partir de ese momento en el que la burguesía ha perdido, y la clase obrera aún no ha adquirido, la facultad de gobernar una nación. Se trata, entonces, del problema de la relación entre el Estado y el campo de la lucha –más específicamente la lucha política– de clases. Dice Poulantzas:

“Si el Estado capitalista presenta una autonomía relativa respecto de las clases y fracciones dominantes, es en la medida exacta en que posee una unidad propia. Esa unidad se refiere a la especificidad de sus estructuras –relativamente autónomas respecto de lo económico– en su relación con la lucha política de clases –relativamente autónoma respecto de la lucha económica de clases.”⁹

En esta línea de pensamiento, una de las características del tipo capitalista de Estado está dada por la unidad propia del poder político institucionalizado, es decir, por su –al menos potencial– *autonomía*. Esto quiere decir que las instituciones estatales presentan una cohesión interna específica que impide que las relaciones de clases se fundan completamente en una parcelización del poder del Estado. Hasta aquí puede apreciarse la distancia que separa a esta concepción del Estado de otra un tanto simplista y vulgarizada, que ve en el Estado nada más que un instrumento, entre tantos, de una clase económicamente dominante, cuya unidad, además, se da por supuesta; un producto manipulable a voluntad de esta última. Las diferencias, entonces, entre este planteo y aquel que afirma que “el Estado moderno no es otra cosa que el comité de administración de los negocios de la burguesía”,¹⁰ son importantes, si bien ambos se presentan, en diferentes grados, en el pensamiento de Marx. De aquí la

⁹ POULANTZAS, N., *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, Buenos Aires, 2007, p. 334.

¹⁰ Esta idea, extraída del Manifiesto Comunista, es la que frecuentemente se generaliza a la hora de hablar del problema del Estado en Marx.

complejidad de descifrar en Marx una idea de política; el *problema de la política* permanece, antes bien, abierto.

Lejos de querer superar estas ambigüedades, lo que aquí nos interesa es hacer hincapié en los elementos que el análisis del bonapartismo provee para complejizar el problema mencionado. Desde esta óptica, el Dieciocho Brumario reviste un significativo interés para el estudio de la historia política –o de la política a secas–, habida cuenta la complejidad de un abordaje metodológico que logra articular el análisis de las grandes estructuras con el de los acontecimientos particulares en un momento histórico determinado. Es posible identificar tres grandes conjuntos de problemas que merecen atención: la identificación de los protagonistas que antagonizan en los acontecimientos, la consideración de las motivaciones y fines que conducen a tales protagonistas a la acción, y el análisis del modo en que se desarrolla la lucha política.¹¹ La referencia a cada una de estas cuestiones permite establecer diferencias al interior de cada grupo o clase, en función de entrecruzamientos entre distintas pertenencias (sociales, políticas o ideológicas) que no necesariamente se ordenan jerárquicamente. Tales aportes sobre escenarios y procedimientos de análisis demuestran, pues, el reconocimiento en el texto de la necesidad de complejizar cualquier análisis sobre los condicionamientos sociales de la política. La articulación entre sociedad y política se vuelve así cambiante, contingente, no atada de antemano a las leyes del desarrollo del sistema económico capitalista.

Es oportuno plantearnos, junto con Tarcus, el siguiente interrogante: si el reflujó de las luchas proletarias y populares podía explicarse por la prosperidad económica recobrada a fines de 1848, ¿cómo entender que no fuese la burguesía industrial la que finalmente hegemonizaba el proceso político y conquistaba el aparato del Estado, sino que fuera éste el que adquiriría tan alto grado de autonomía frente a la burguesía?¹² Esta pregunta no podría responderse con una mera aplicación de la concepción materialista de la historia. El Dieciocho Brumario aparece así como un intento por complejizarla, dando mayor entidad explicativa a las representaciones y auto-representaciones políticas, a los procesos de formación de la conciencia colectiva, presentándonos a actores atrapados en el juego de sus ilusiones e intereses; una indagación acerca de la significación social de los imaginarios colectivos, de la inercia de la memoria, del peso de los muertos obsesionando el espíritu de los vivos. La opacidad con que los procesos políticos reales se presentan en la conciencia de los actores sociales y políticos que Marx presenta en el Dieciocho Brumario, contrasta, pues, con el “optimismo epistemológico” del Manifiesto.¹³ El problema es entonces cómo establecer el grado de autonomía de lo político, cómo explicar la anomalía de los “estados de excepción” –

¹¹ MOYANO, J., “El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte. Una lectura desde la historia política” (pp. 157-168), en F. DELICH (coord.), *Marx. Ensayos plurales*, Buenos Aires, 2012, p. 157.

¹² TARCUS, H., “Leer a Marx en el siglo XXI”, *Karl Marx: Antología*, Buenos Aires, 2014, p. 14.

¹³ *Ibid.*

Bolívar se presenta como la figura paradigmática en el caso latinoamericano¹⁴ en los que se percibe la subordinación de la clase dominante a su propio Estado.

Condicionamientos sociales, escenarios cambiantes, conflictos: todas ellas variables fundamentales a la hora de pensar la posibilidad de una traducción del análisis marxista de la relación política-sociedad a la realidad latinoamericana. Toda vez que – como intentamos hacerlo en esta oportunidad– entendamos al marxismo como una teoría de la transformación de la sociedad, debemos tener presente que sufre también las contingencias del propio proceso de transformación de la realidad. La relación necesaria entre crítica y revolución quedará, sin embargo, obturada a partir del momento mismo en que se considere concluida la “Obra” de Marx. Resulta indispensable, pues, comprender que la utilización de la teoría es siempre problemática y que no se debe subestimar la “soberanía de los hechos”, la crítica permanente. En palabras de Del Barco, sólo este rescate del marxismo de su “esclerosamiento dogmático”, puede permitirnos una interrogación acerca del valor de uso del pensamiento de Marx.¹⁵ Sólo así, agregamos, América Latina puede convertirse en una *señal* susceptible de ser interpretada desde el pensamiento marxista.

Teniendo en cuenta esta clave de análisis, en lo que sigue intentaremos dilucidar cuál es la singularidad del acercamiento de Trotsky a la realidad latinoamericana de mediados del siglo XX, prestando especial atención a los alcances que adquiere la figura del bonapartismo como categoría analítica. Para ello, dos lecturas deberán quedar, al menos parcialmente, en suspenso: en primer lugar, la del propio *Dieciocho Brumario*; en segundo lugar, la de la *Historia de la Revolución Rusa*, más específicamente el capítulo destinado a “los elementos de bonapartismo en la Revolución Rusa”.¹⁶ En efecto, el escenario latinoamericano habilitó a la reconstrucción de un concepto que resultó no tener definiciones –o valoraciones– últimas.¹⁷

¹⁴ A este respecto ver: MARX, K., “Bolívar y Ponte” (pp. 76-93), en K. MARX y F. ENGELS, *Materiales para la historia de América Latina*, México, 1979.

¹⁵ DEL BARCO, O., *El Otro Marx*, Buenos Aires, 2008, p. 24.

¹⁶ TROTSKY, L., “Kerenski y Kotnilov: Los elementos de bonapartismo en la revolución rusa” (pp. 507-525), *Historia de la Revolución Rusa*, Buenos Aires, 2015. Allí Trotsky apela al bonapartismo sin dejar de lado la referencia francesa. Si “El kerensquismo carecía de la fuerza del bonapartismo”, tenía, no obstante, todos “sus vicios”: “Elevado a las alturas por la crédula confianza de las masas, no tenía nada de común con ellas, no las comprendía y no se interesaba en lo más mínimo por saber cuál era la actitud de esas masas ante la revolución y las conclusiones que sacaban de la misma”.

¹⁷ La idea de “reconstrucción” puede leerse aquí en la dirección que apuntan ACHA y D’ANTONIO “Cartografía y perspectivas del marxismo latinoamericano” (pp. 210-256), *Contra Corriente*, 7, 2010, p. 213. Dicen los autores, retomando la definición habermaseana, que la reconstrucción, en tanto “proceso de desarticulación y recomposición en nueva forma de una teoría con el objeto de alcanzar mejor su meta” se distingue tanto de la restauración (retorno a un estadio inicial luego corrompido) como del renacimiento (renovación de una tradición sepultada).

Trotsky y el Bonapartismo en América Latina

Bonapartismo, en tanto término del vocabulario político –al igual que, podríamos pensar, democracia, dictadura, estado, sociedad, gobierno, etc.– constituye para Trotsky un concepto ya establecido, pero al cual el marxismo no puede renunciar, ni dejar de aplicar a nuevos fenómenos, definiendo en cada caso su contenido social y la tendencia de su evolución. Su valor radica en que permite descubrir afinidades históricas sumamente instructivas y determinar dónde están sus raíces sociales. Como punto de partida, entiende por bonapartismo:

“...el régimen en el cual la clase económicamente dominante, aunque cuenta con los medios necesarios para gobernar con métodos democráticos, se ve obligada a tolerar -para preservar su propiedad- la dominación incontrolada de un ‘salvador’ coronado. Este tipo de situación se crea cuando las contradicciones de clase se vuelven particularmente agudas; el objetivo del bonapartismo es prevenir las explosiones. (...) un ‘régimen personal’ que se eleva por encima de la democracia y concilia con ambos bandos, mientras, a la vez, protege los intereses de la clase dominante.”¹⁸

Ahora bien, este momento, en el que el conflicto entre las clases divididas en dos campos hostiles traslada el eje del poder fuera del Parlamento, puede abrir en un país una etapa prefascista, o bien, prerrevolucionaria –el último plazo, en este caso, con que cuenta el proletariado para la conquista del poder–; de allí la importancia de una cabal comprensión de la naturaleza de un régimen que se caracteriza como bonapartista en un momento histórico determinado. Si bien el término se desprende de la figura histórica que le dio origen, cuando se habla de bonapartismo, sin aditamentos, no se piensa en analogías históricas, sino más bien en una definición “sociológica”:

“Vemos que un uso correcto, es decir dialéctico, del término bonapartismo no sólo no nos conduce al esquematismo –esa úlcera del pensamiento–, sino que nos permite caracterizar bien concretamente el fenómeno que nos interesa; a éste no se lo toma aislado, como ‘algo en sí mismo’, sino en su conexión histórica con muchos otros fenómenos relacionados con él. ¿Qué más se le puede pedir a un término científico?”¹⁹

El interés de Trotsky por profundizar su estudio y conocimiento sobre América Latina comienza con su obligado exilio al México de Cárdenas. Aún bajo el compromiso de no participar en la política mexicana, comienza en este momento una etapa de estudio y análisis de los principales fenómenos políticos de los países latinoamericanos. En consonancia con un contexto internacional, el primer tercio del siglo XX latinoamericano vio la emergencia de movimientos nacionalistas que pronto

¹⁸ TROTSKY, L., “Otra vez, sobre la cuestión del bonapartismo” (pp. 153-155), *Escritos de León Trotsky: 1929-1940*, t. IV, Buenos Aires, 2000, p. 155.

¹⁹ *Ibid.*

pasarán a integrarse al conjunto de “nacionalismos populares” originados de la dependencia tercermundista. La actitud que debía asumir la *clase revolucionaria* – concepto que, veremos, también se redefinirá– ante este nuevo fenómeno, constituye uno de los principales problemas que se le plantea al pensamiento marxista. El combate contra un pensamiento pragmático, mecanicista, antidialéctico, constituye una constante en el análisis que realiza Trotsky acerca de la relación entre clases sociales y Estado en los países semicoloniales, así como entre éstos y las potencias imperialistas. Una intencionalidad fundamentalmente política explica dicho combate: según Frondizi, el problema del bonapartismo tiene importancia por cuanto su solución, al mismo tiempo que facilita la interpretación del fenómeno populista, pone al descubierto uno de los aspectos principales de la divergencia con un pensamiento estalinista que lo interpreta principalmente como una manifestación fascista.²⁰

De esta forma, la teoría de la revolución permanente se complejiza, incorporando nuevas *cuestiones*: la *cuestión nacional*, la *cuestión agraria* y la *cuestión sindical* se presentan ahora como variables fundamentales que debe tener en cuenta cualquier proceso que, en el continente latinoamericano, pretenda ser transformador de la realidad. La idea de la *vía latinoamericana* a la revolución comienza así a delinearse con características propias.

“Cuando Lenin y yo combatimos juntos durante la revolución, jamás creímos que el resto del mundo seguiría la vía rusa, porque Rusia posee características nacionales e históricas extremadamente pronunciadas y fuertes. Los demás países también poseen características profundamente diferentes y peculiaridades nacionales acentuadas; cada país tiene que encontrar un camino diferente. No se pueden imponer caminos rusos a los demás países. Es necesario estudiar, observar y luego buscar una política adecuada y justa.”²¹

Debían distinguirse, por un lado, las leyes generales que determinan la vida política en todos los países y, por otro, descubrir los rasgos específicos que estas leyes asumen en cada país. Cuando se estudia una situación política concreta es preciso avanzar en explicaciones sobre las particularidades de ésta, y realizar análisis sujetos a las especificidades de cada caso. Desde la perspectiva de Trotsky, la literatura del movimiento revolucionario latinoamericano estuvo históricamente redactada principalmente desde el punto de vista de los países industriales avanzados, y sólo comprendida a la luz de éstos. Existía, pues, en los intelectuales latinoamericanos de mediados de siglo, un problema en la conceptualización que realizaban sobre la revolución permanente: de un abordaje mecánico se derivaba la incompreensión de una propuesta que no podía sino estar situada contextualmente. Los no-esfuerzos, entre otros, por considerar al proceso revolucionario mexicano desde el punto de vista de la

²⁰ FRONDIZI, S., *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica*, Buenos Aires, 1956, p. 225.

²¹ TROTSKY, L., “A los representantes de la prensa mexicana”, *Escritos Latinoamericanos en México (1937-1940)*, Buenos Aires, 2013, p. 68.

realización de las tareas democráticas, provocaban obstáculos que volvían prácticamente imposible abordar al movimiento de masas en general.

“El esquematismo en la fórmula de la revolución permanente puede volverse, y se vuelve cada tanto, extremadamente peligroso para nuestro movimiento en América Latina (...) El proletariado puede saltar las etapas de la democracia, pero nosotros no podemos saltar las etapas de desarrollo del proletariado. Creo que nuestras camaradas en México, y fuera de él, tratan de manera abstracta de saltar, en cuanto proletariado e incluso a la historia en general, ya no con las masas por encima de ciertas etapas, sino por encima de la historia en general y, sobre todo, por encima del desarrollo del proletariado.”²²

Una comprensión de los alcances de la idea de bonapartismo es indisociable de otra acerca del particular modo en que Trotsky analiza la coyuntura latinoamericana; sobre los elementos que se consideran claves de tener en cuenta a la hora de pensar en la posibilidad de una transformación revolucionaria en el continente. En primer lugar, una particular teoría del imperialismo. Si bien se trata de la forma política de dominación a nivel mundial, ésta adquiere características particulares en cada caso. Los países latinoamericanos deben asumir como primera tarea, antes que la lucha contra la burguesía nativa, la lucha contra el imperialismo que los oprime directamente, más allá de que lleve la máscara del fascismo o la democracia. En este punto, sin embargo, resulta interesante detenerse y advertir una complejización en la discusión sobre la cuestión democrática. El problema no es ya la democracia en sí misma, sino la forma que adquiere. Si en Gran Bretaña es sinónimo de conservación del orden existente, para México conserva cierto potencial emancipatorio: democracia significa el deseo de un país semicolonial de escapar a la dependencia.²³ En ciertas fases del desarrollo revolucionario latinoamericano, los problemas democráticos adquieren así un carácter progresivo y revolucionario. En el caso mexicano, por ejemplo, el tema del petróleo se presenta como paradigmático. La expropiación, antes que una medida socialista o comunista, aparece como el único medio efectivo para salvaguardar la independencia nacional y las condiciones elementales de la democracia; como una medida de defensa nacional altamente progresista.

Al imperialismo se le opone, pues, la *cuestión nacional*. En los países atrasados el camino es ante todo la lucha revolucionaria por la independencia nacional, que encuentra en la transformación radical de las relaciones agrarias su principal motor: “Se debe tener una posición clara: o con los magnates del capital y de la falsa democracia, o con la democracia genuina de los pueblos oprimidos”.²⁴

²² TROTSKY, L., “Discusión sobre América Latina”, *Escritos Latinoamericanos...*, op. cit., p. 123.

²³ TROTSKY, L., “Combatir al imperialismo para combatir al fascismo”, *Escritos Latinoamericanos...*, op. cit., pp. 116-118.

²⁴ TROTSKY, L., “Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista”, *Escritos Latinoamericanos...*, op. cit., p. 160.

Esto nos remite directamente a la discusión en torno a la posibilidad de llegar al socialismo a través de la vía pacífica; discusión que encontró eco en los análisis de Trotsky acerca de la cuestión sindical latinoamericana. La democracia no era sólo un problema de forma de Estado, sino una cuestión crucial en el seno mismo del movimiento obrero. Desde este punto de vista, los sindicatos de la época podían, o bien servir como herramientas secundarias del capitalismo imperialista para subordinar y disciplinar a los obreros e impedir la revolución, o bien por el contrario, convertirse en herramienta del movimiento revolucionario del proletariado. Una característica común en el desarrollo, o para ser más exactos, dice Trotsky, en la “degeneración” de las modernas organizaciones sindicales latinoamericanas,²⁵ fue su acercamiento y su integración al poder estatal, que dio como resultado sindicatos controlados que paralizaron la resistencia obrera. El surgimiento de una capa de aristócratas y burócratas obreros estuvo directamente relacionado con la búsqueda de apoyo del gobierno como protector, vigilante y árbitro; fenómeno característico en los países coloniales o semi coloniales. Según Trotsky, sin embargo, de esta relación surge, no sólo la base de la dependencia de los sindicatos reformistas al Estado, sino también *la base social más importante* del carácter bonapartista y semibonapartista de los gobiernos de las colonias y de los países “atrasados” en general.

El problema pasa, entonces, por saber interpretar las posibilidades de acción transformadora de dicha base social. El planteo de Trotsky es claro al respecto:

“Por supuesto, se puede evadir la cuestión aduciendo que, a menos que el proletariado tome el poder, la participación de los sindicatos en el manejo de las empresas del capitalismo de Estado no puede dar resultado socialistas. Sin embargo, una política tan negativa de parte del ala revolucionaria no sería comprendida por las masas y reforzaría las posiciones oportunistas. Para los marxistas no se trata de construir el socialismo con las manos de la burguesía, sino de utilizar las situaciones que se presentan dentro del capitalismo de Estado y hacer avanzar el movimiento revolucionario de los trabajadores.”²⁶

A la utilización de la actividad sindical en interés de los trabajadores y no de la burocracia obrera se le impone, sin embargo, una condición: la existencia de un partido que estudie cuidadosamente dicha actividad, critique cada desviación, eduque y organice a los trabajadores, gane influencia en los sindicatos y asegure, a partir de la democratización sindical, una representación revolucionaria en la industria nacionalizada.

Presión del imperialismo extranjero, debilidad de la burguesía nacional, crecimiento relativamente rápido del proletariado, falta de tradiciones democráticas de gobierno: son éstas las principales condiciones que imponen, en los países atrasados, el

²⁵ *Ibid.*, p. 157.

²⁶ TROTSKY, L., “La industria nacionalizada y la industria obrera”, *Escritos Latinoamericanos...*, op. cit., p. 155.

establecimiento de gobiernos de carácter bonapartista. Dado que el capital extranjero, y no el nacional, desempeña en estos países el rol principal, la posición social de la burguesía nativa se aparta del modelo de desarrollo capitalista de los países avanzados; se muestra incapaz de resolver por sí sola las tareas democrático-burguesas. Como contrapartida, el proletariado nacional comienza muy rápidamente a jugar un rol decisivo en la vida política; hasta tal punto que en la medida en que el gobierno pretenda resistir al capitalismo extranjero, se ve obligado a apoyarse, en mayor o menor grado, en la clase obrera y el campesinado. El Estado se ve atravesado, así, por una tensión entre dos grandes tareas antagónicas: por un lado, atraer a la clase trabajadora, otorgarle concesiones, como punto de apoyo indispensable para resistir las pretensiones imperialistas, y por otro, disciplinarla poniéndola bajo control de una burocracia. Si nos mantenemos atentos al planteo del autor, es preciso considerar estas concesiones no como meras “dádivas” –visión de ciertas lecturas marxistas– sino más bien como el resultado de la acción de las clases oprimidas, que obligan a los sectores poseedores a ceder frente a una alianza de clases, al tiempo que ganan la posibilidad de disponer de cierta libertad en relación al capitalismo imperialista.

Ahora bien, esta tensión puede resolverse en una dirección democrática, es decir, progresiva, o bien reaccionaria, mediante la implantación de una especie de dictadura policíaco-militar. En esto consiste, entonces, el carácter inusual, *sui generis*, del bonapartismo en los países dependientes, en donde la debilidad relativa de la burguesía nacional –especie de clase semi-oprimida– en relación al proletariado, da origen a condiciones especiales de un poder estatal, que se eleva, así, por encima de las clases. De esta manera, el uso de Trotsky se diferencia de la concepción gramsciana;²⁷ la dicotomía fundamental no se produce entre la democracia y el fascismo, sino entre el imperialismo y la nación oprimida. El bonapartismo pequeño-burgués democrático se convierte así en la clásica democracia de los países semicoloniales. El caso mexicano aparece como ilustrativo durante el cardenismo. Allí el movimiento obrero demostró ser el factor progresivo determinante; bajo su presión directa la facción cardenista rompió con la fracción militar-policíaca y, apoyándose sobre la pequeña burguesía urbana y rural, se desplazó cada vez más hacia la izquierda. La búsqueda de mayor independencia con respecto al imperialismo extranjero obliga a la burguesía a acercarse al movimiento obrero y campesino, que cuenta ahora con el apoyo del “hombre fuerte del país”. Es importante detenerse en esto último. No fue la burguesía mexicana, débil al entender de Trotsky, sino un sector del aparato del Estado, comandado por oficiales del ejército formados en tiempos de la revolución mexicana de 1910-20, quien llevó adelante medidas contra los intereses imperialistas y terratenientes asentados históricamente en México, que abrían nuevas perspectivas para el desarrollo capitalista mexicano. En este contexto, la única táctica viable para el sector revolucionario era

²⁷ El planteo de Gramsci acerca del fenómeno que él denomina “cesarismo” aparece claramente desarrollado en GRAMSCI, A., *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Madrid, 1980, pp. 71-75.

establecer un frente único con el movimiento de masas agrupado alrededor de Cárdenas, conservando siempre la libertad de crítica. Sólo así se podía hacer pie en las masas y agrupar a la vanguardia de trabajadores rurales y urbanos que constituirían el eje de la revolución latinoamericana.

Según Trotsky, sus planteos podrían parecer imbuidos de un estado de ánimo moderado, casi conservador, en comparación de las formulaciones “rimbombantes, pero ¡ay! vacías, del programa comunista”.²⁸ Creía, sin embargo, que se trataba de un punto de vista más realista, y, al mismo tiempo –o quizás precisamente por ello–, revolucionario.

A modo de reflexiones finales

A lo largo de estas páginas intentamos poner en diálogo aquellos escritos producidos por Trotsky en el exilio mexicano que permitieran delinear los alcances de un concepto de Bonapartismo pensado para la realidad específica latinoamericana de mediados del siglo XX. Lo acotado del ejercicio obedeció a la creencia de que constituye un paso previo, pero necesario, al establecimiento de “corroboraciones históricas” acerca de la potencialidad del concepto para analizar los procesos políticos y económicos de la época. Más aún si se trata de una categoría poco transparente, susceptible a distintas apropiaciones y usos.

El análisis de Trotsky sobre el fenómeno bonapartista en los países semicoloniales y, en general, sobre la realidad de América Latina, ha servido históricamente de base a las ideas construidas acerca de la “revolución latinoamericana” desde diversos sectores de las izquierdas del continente. Como planteamos al comienzo, la relación, de por sí esencialmente conflictiva entre realidad y teoría, adquirió una complejidad particular en el caso del *desencuentro* entre América Latina –durante gran parte del siglo XX escenario de experiencias populistas con amplia participación popular– y el marxismo. Un campo popular multiétnico, estados “artificiales”, recurrentes crisis de poder, alianzas de clases, son algunas de las “ambigüedades latinoamericanas” que, según Aricó, sometieron a tensión la capacidad de descentramiento del pensamiento marxista e incluso del propio Marx; su disposición a reubicar el lugar de la teoría en un campo problemático y original como el latinoamericano.²⁹

Sin embargo, consideramos que una lectura atenta de los escritos en el exilio mexicano permite complejizar e historizar una mirada que en ocasiones ha sido traducida –o usada políticamente– olvidando los matices que toda lectura histórica y crítica requiere. Creemos que con los escritos en el exilio de Trotsky el desencuentro se transforma en un *encuentro*, no en el sentido de una identificación entre realidad y teoría, sino más bien en el de una mutua irreductibilidad. Algunas de las concepciones

²⁸ TROTSKY, L., “Algunas notas previas sobre las “bases generales para el segundo plan sexenal en México”, *Escritos Latinoamericanos...*, op. cit., p. 147.

²⁹ ARICÓ, J. M., *Marx y América Latina*, Buenos Aires, 2010, p. 68.

que, según Aricó, pueden concebirse como un cierto cambio de perspectiva de Marx a la hora de analizar realidades no-occidentales (en su caso Irlanda y Rusia fundamentalmente)³⁰ aparecen aquí en relación a un caso latinoamericano que debía dejar de pensar en el modelo europeo: percepción de los distintos sujetos históricos del movimiento revolucionario en las sociedades coloniales (campesinado, intelectuales, pequeña burguesía, embrionaria clase obrera) en comparación con aquellos de las sociedades europeas y capitalistas; afirmación de la distinta naturaleza de las tareas requeridas para la transformación de los países “atrasados”: independencia política, consolidación democrática, revolución agraria, nacionalizaciones, protección industrial y comercial; rechazo del intento de transformar una teoría acerca de la génesis del capitalismo en Europa occidental en una teoría histórico-filosófica que predice los procesos de desarrollo de todas las sociedades en cualquier situación histórica; y, finalmente, la previsión del desplazamiento del centro del proceso revolucionario del mundo occidental al no occidental, en donde la consumación de la revolución nacional de los países dependientes se convierte en condición de la revolución social de los países europeos.

Por otra parte, y teniendo presente lo anterior, el concepto de bonapartismo, tal como ha sido delineado a lo largo del trabajo, nos sigue pareciendo productivo para contrastar análisis acerca de la historia reciente de muchos gobiernos latinoamericanos, que en las últimas décadas se convino en denominar “populistas”. Las tesis sobre *la razón populista*³¹ podrían enriquecerse con una recuperación y actualización del bonapartismo en tanto proyecto burgués que “incluye” a los sectores populares en dos sentidos del término: incluir como lo opuesto a la exclusión de los derechos y beneficios mínimos que requiere la vida humana, e incluir a un sistema capitalista. Esto es, una inclusión con derechos y participación en la distribución de la riqueza, acotados por las lógicas del régimen que los acoge. Dicho con otras palabras, el bonapartismo “contiene” a los sectores populares, otra vez, en dos sentidos: en tanto comprensión y protección de sus derechos básicos, y en tanto gobierno de eventuales impulsos que desborden la hegemonía burguesa.

Una actualización y lectura crítica de la teoría de Trotsky sobre el bonapartismo latinoamericano representa un buen desafío para comprender la “cuestión nacional” argentina y latinoamericana desde una perspectiva marxista o –más genéricamente– revolucionaria en un sentido anti o pos capitalista. Permite tanto eludir las caracterizaciones de los populismos como versiones atenuadas de fascismo, como evitar su idealización revolucionaria por parte de algunas vertientes intelectuales del nacionalismo popular. Un bonapartismo *sui generis*, tal como lo entendía Trotsky, podía o no ser un momento de tránsito hacia nuevas relaciones de poder entre clases

³⁰ *Ibid.*, pp. 79-155.

³¹ En alusión al libro de Ernesto Laclau en donde se condensan las principales líneas interpretativas del populismo en tanto fenómeno político, simbólico y discursivo: LACLAU, E., *La razón populista*, Buenos Aires, 2005.

hegemónicas y subalternas. Liberado a sus propios impulsos, no produce cambios históricos con potencialidades antisistémicas; la figura del partido de clase – debiéramos hoy pensar en las diferentes formas de participación democrática–, autónomo de la burguesía, constituía para Trotsky un elemento fundamental a la hora de encarar una transformación radical de la histórica realidad latinoamericana.

A lo largo de este recorrido intentamos realizar una suerte de *historia de los conceptos* a partir de una primera aproximación a la categoría de Bonapartismo. Precisamente porque entendemos que cada palabra puede portar una multiplicidad de significados que se van adecuando a una realidad mudable, y porque la propia realidad no se deja atrapar siempre bajo un mismo concepto, consideramos que este ejercicio no está agotado. La reconstrucción de la historia de los desplazamientos significativos en ciertos conceptos clave –en este caso el operado desde Marx hasta Trotsky– nos revela entonces la complejidad de aquellas categorías con que intentamos dar sentido a ciertas realidades. Más aún si tenemos en cuenta que, en nuestro caso, se trata de un concepto cuyos usos políticos continúan estructurando en la actualidad muchos de los debates acerca de los significados de las transformaciones ocurridas en las últimas décadas en América Latina.